

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

REVISTA DE TEATROS.

Dieron punto las funciones líricas, y acabaron como los castillos de fuego, con un trueno gordo, muy gordo. Este trueno fué *El Barbero de Sevilla*, convertido en una pelea de perros por la compañía que en él tomó parte, siendo tal el poder del ejemplo que hasta el mismo Sr. Ronconi, el artista célebre y en todas partes aplaudido, hubo de verse arrastrado por el torrente, al que el público se abstuvo de poner un dique por consideración al mismo Sr. Ronconi. Hubo allí cantante que no logró entrar en compás en toda la noche: hubo quien, como la señorita Spezzia, nos cantó otra ópera distinta de aquella, si bien de ello no la culpamos, puesto que su papel está completamente fuera de las condiciones de su voz; hubo en fin quien no cantó ni aquella ópera ni otra alguna; pero como suele decirse que «á mal Cristo mucha sangre», resultó que lo que faltaba de canto se quiso compensar con el juego escénico, y que el quinteto del segundo acto y el final del primero fueran dos corridas de novillos embolados.

¿Y qué diremos de los trages? Allí asomaron casacones del tiempo de Felipe V, y allí tricornios, y allí caleseros de pantalon y marsellés, y allí majos de 1855, y allí fraques del último figurin y sombreros de copa alta. ¿Qué gorras salieron allí, y qué capas, y qué levitas de lienzo, y qué cosas! Verdad es que los palcos no costaban mas que cinco duros, y eso sin entradas, y verdad es que para ir á una luneta solo habia que gastar la miseria de diez y ocho reales; con lo cual ya se con-

cibe que no hay derecho para ser muy exigente.

Interin se organiza la compañía dramática que habrá de funcionar en el Principal, y de la que solo hay reunida hasta ahora una parte, diremos algo del Balon, donde los Sres. Ossorios siguen atrayendo una numerosa y escogida concurrencia, y donde alcanzan larga cosecha de aplausos.

De las producciones nuevas allí presentadas solo hemos visto *Hija y madre*, drama lloron de esos de moda, y del cual no hay necesidad de decir que los periódicos de Madrid nos ha hecho encomios. Eso ya se da por supuesto; pero falta saber hasta qué punto sean fundados.

Un volatin trashumante, llamado Andrés el Saboyano, tuvo una hija á la que educó del mejor modo que pudo, pero que llegada que fué á la edad juvenil se escapó del hogar paterno siguiendo á un conde italiano con quien se casó. La muchacha tenia un orgullo desmedido y una ambicion insaciable, de forma que al huir de su padre solo se propuso hacer ignorar á todo el mundo su humildísimo origen. Andrés, que amaba ciegamente á su hija, la buscó en vano por todas partes, logrando verla solo de lejos en Nápoles en el instante mismo en que iba á embarcarse con direccion á España. A España corrió él tambien en su busca, y en ella le dejaremos para seguir á la condesa, la cual brillaba en la corte por su lujo y por su hermosura, habiéndose atraído el amor de un opulento y tontísimo duque, que era el destinado á sacar de apuros á la bella condesa, cuyas rentas se consumian con rapidez á fuerza de dispendios.

Ayuntamiento de Madrid

Domingo 16 de Setiembre de 1855.

Sin embargo, la hija de Andrés era desgraciada. Una niña, fruto de su primer matrimonio, le habia sido robada en un camino de Andalucía por una partida de ladrones con el fin de obtener por ella un pingüe rescate, pero fué el caso que en el propio día un vagamundo gaitero logró á su vez robársela al capitán de bandidos; de forma que la tal niña no volvió á parecer viva ni muerta.

La accion comienza la vispera del día en que la condesa debe dar su mano al duque. En la quinta habitada por aquella se presenta el capitán de los ladrones antedichos, el cual ya se supone que es andaluz, porque los andaluces tenemos en todos los dramas el honroso privilegio esclusivo de todos los robos de España. El tal se ha arrepentido de su mala vida y solicita indulto, afirmando que él es un ladron muy honrado y muy devoto de la virgen del Cármen. Para alcanzarlo viene á implorar la proteccion de la condesa, obligándose, conseguido que sea, á manifestar en poder de quien se halla la niña, cerrándose el trato en su consecuencia. A poco llega casualmente allí el ex-volatin con una niña, la condesa lo sabe y para evitar su presencia dispone volverse en el acto á Madrid; al marchar se encuentran ambos, Andrés cae desmayado, y su hija parte apresuradamente.

El Saboyano, sin embargo, va en su busca y se introduce en sus salones en el momento de un baile; pero la condesa le dice en sus barbas que no lo conoce, y al manifestar él á gritos su parentesco, su propia hija lo declara demente; escena de lo mas repugnante que se ha puesto en las tablas jamás.

Bajo este tema con variaciones continúa todo el drama. La condesa unas veces se allana á reconocer á su padre y aun le abraza; pero en seguida vuelve á afirmarle que no lo ha visto en su vida, y aun le da empujones, todo para mas tarde volver al mismo juego de tira y afloja. Aquello es un perpétuo tejer y destejer; es la verdadera tela de Penelope que tiene siempre parada la accion. En fin, cuando el autor se cansa de escribir sus eternos y siempre iguales diálogos, sale del paso haciendo que la madre sepa que aquella niña es su hija; pero la hija no quiere quedarse con su madre, á quien aborrece porque ha visto los puntos que calza, é insiste en seguir á Saboya á su abuelo; de modo que por eso,

y no por amor filial, concluye la condesa manifestando á la faz de su novio que aquel es en efecto su padre. Es decir, que aquí no triunfa el sentimiento noble y santo del cariño hácia un padre anciano y desamparado, sino el amor de madre, el cual es muy santo tambien, pero á condicion de que no escluya al primero, porque de lo contrario pierde todo su valor ante Dios y ante el mundo. La condesa no se rehabilita por tanto, segun ella cree, con aquel sacrificio de su orgullo, porque no vemos allí la espiacion, una espiacion correspondiente á tantas y tan graves faltas.

Aquí el drama concluye de improviso, dejándonos en la duda de si el duque halló ó no halló razon bastante en su amor para enlazar su ilustre mano con la de la hija de un gaitero de Saboya; lo cual convendria se hiciese saber al público, no solo para satisfaccion de una natural curiosidad, sino porque semejante circunstancia debe conocerse para apreciar la estension del que allí quiere suponerse noble sacrificio; el sacrificio de un orgullo alimentado con la infamia propia y con las lágrimas de un padre!

Resulta de lo dicho que el drama pertenece en cuerpo y alma al género gimoteador, convulsivo y espasmódico que hoy está de moda en la corte. Buen provecho le haga.

Nos hemos estendido tanto en la obra que no nos queda espacio por hoy para hablar de la ejecucion, la cual merece juzgarse con algun detenimiento. Eso es lo que nos proponemos hacer otro día con mayor copia de datos, diciendo entonces algo acerca de otras piezas en que hemos visto al jóven Ossorio, y en las que ha obtenido grandes aplausos. Dejamos pues pendiente este punto, el cual nos dará ocasion para hablar algo de los proyectos de la empresa de aquel teatro, á la que deseamos un cordial éxito por su inteligencia y celo.

F. F. A.

EL MILANO DE LOS MARES.

Novela marítimo-histórica, original de D. Alejandro Benisia y Fernandez de la Somera.

En los anteriores números de nuestro periódico hemos insertado una relacion histórica de los crímenes cometidos por los tripulantes del bergantin pirata *El defensor de Pedro*; asunto de interés para todos, pero de muy especial en Cádiz, donde los mas de aquellos fueron juzgados y ejecutados, habiendo sido sus cabezas colocadas en altas perchas á la orilla del mar, donde por largo plazo sirvieron de saludable escarmiento.

Próxima á terminar la publicacion de aquel documento llegó á nuestras manos la parte que va publicada ya de una preciosa novela, cuyo título ponemos por cabeza del artículo presente, y cuyo argumento está tomado de aquellos mismos hechos, entretregidos con episodios interesantísimos que amenizan con su variedad aquel cuadro de horrores, cuadro que pudiera creerse hijo de la imaginacion calenturienta de algun misántropo feroz si muchos de los que hoy vivimos no hubiéramos visto á esos hombres, abortos del averno, y si no existiesen consignados en documentos auténticos é irrecusables los inauditos crímenes que mancharon su existencia. Benito Soto, Santos, Baraban, Larrendu, todos en fin, aparecen allí tales como fueron, y el Sr. Benisia ha sabido trazar sus torvos rasgos con enérgico y feliz pincel.

Todo el primer tomo va publicado ya, y ocho entregas del segundo. La obra contiene multitud de estampas del Sr. Urrabieta, bien así como retratos litografiados de los principales personajes.

El Sr. Benisia se ha propuesto, segun manifiesta, popularizar en España la novela marítima, que tanto aplauso ha alcanzado en el mundo literario bajo las plumas de Fenimore Cooper, Marryat y Sue: lo que de su primer ensayo hemos leído nos hace augurar muy felizmente respecto al éxito de su obra, de la cual esperamos ocuparnos otra vez cuando la publicacion toque á su término, á

fin de ratificar ó modificar nuestra opinion de hoy.

La suscripcion en esta ciudad se halla abierta en la Librería Española y Estrangera, calle de Riego, antes de Guanteros.

F. F. A.

A LA MEMORIA de los autores de mis dias.

¿Dónde vas sola y mujer?
¿No miras en lontananza
la estrella de tu esperanza
opaca desaparecer?

¿Buscas una mano amiga
que tu mal endulce grata?
Si; mas mi suerte es ingrata:
nadie mi dolor mitiga.

Sin ellos!... triste de mí!
¿de qué me sirve la vida?
mi tierna ilusion querida
para siempre yo perdi!

Sin ellos nada poseo;
eran mi bien, mi riqueza,
me los dió naturaleza
por contado tiempo veo.

Cumplió su dura mision,
aunque el alma sienta enojos;
mas sinó los ven mis ojos,
los llevo en mi corazon.

Fieles esposos, que en la tumba fria,
Uniros consiguió la parca avara
Uno tras otro en el siguiente dia....
¿Sin vosotros la vida yo anhelara?
Todo es luto y horror ante mis ojos,
Si piso flores, me las creo abrojos.

Si el sendero constante me trazásteis
En la santa virtud, y en la esperiencia
De vuestra edad, el cuadro prefijásteis
De la sana moral en mi inocencia.
Vosotros, de los padres fiel modelo,
Vosotros sois mi egida desde el cielo.

Yo que os cuidaba cual la madre al niño
Que en su regazo mimaba y acaricia,
Yo que trocaba por mi fiel cariño
Mi porvenir, del mundo la delicia,
¿Qué me resta que hacer, amados míos?
Regar con llanto vuestros manes frios.

Vivir! vivir sin goces! ¿qué es la vida?
Una prision oscura, tenebrosa,
Posar sin paz en la infeliz guarida,

El mundo cotejarlo con la fosa:
Si ellos eran mi gloria y mi alegría,
¿Dónde consuelo hallar el alma mía?

Mas no, gran Dios; si tu decreto santo
Aun cumplido no está, yo me resigno,
Y prosternada enjugaré mi llanto
Y el fallo aguardaré de este mi signo:
Sin amor, sin apoyo, sin ventura,
Vos me consolareis en mi tristura.

(Remitido.)

MARIA JOSEFA ZAPATA.

UN WALZ DE STRAUS.

Straus, célebre músico alemán, empezó á manifestar desde su mas temprana juventud, los grandes dotes de ese talento, que despues ha adquirido una celebridad europea, inmortalizando su nombre. Muy pocos años contaba aun, y ya se habia hecho notable entre los profesores mas bien reputados, siendo maestro de música de las señoritas mas distinguidas de Berlin. Entre estas se contaba la hija del conde de H.... jóven de diez y siete años, de una estremada hermosura, huérfana de madre casi desde su infancia, que habitaba con el anciano conde un antiguo palacio situado á un estremo de la ciudad, y en el que no penetraba absolutamente nadie, á escepcion del maestro de música. Este retraimiento á que el conde destinaba á su hija se concibe perfectamente en un hombre sexagenario, mucho mas si se tienen presentes las exigencias de aquella época, y estar la jóven desposada con un primo suyo que á la sazón se hallaba viajando en el extranjero.

Elisa, que este era su nombre, acostumbrada desde niña á esta obscuridad, vivia, si no dichosa, al menos tranquila, ignoraba los gozes del mundo y de consiguiente no los deseaba. La música, las flores y el dibujo eran su recreo: una flor que abria, un paisaje que acababa, ó una nueva partitura que le llevaba el maestro, eran los acontecimientos mas importantes de su vida.

Sin embargo, este continuo cautiverio habia hecho que su carácter fuese melancólico, y su corazón reservado y meditativo. Rodeada siempre de silenciosos y respetuosos criados, carecia de una amiga, una compañera á quien confiar sus pequeños deseos. Elisa no era el tipo de la alegre y comunicativa juventud, sino de la juventud triste y pensativa: á pesar de esto su corazón era bellissimo, y si de algo podia tachársela, era de una sensibilidad excesiva y de unos sentimientos tiernos en demasia. ¡Cuántas veces se llenaban sus ojos de lágrimas á la muerte de una de sus palomas, ó al hacer sonar en su piano una tocata sentimental!

Un año haria proximamente que Elisa se habia dedicado á la música, y en este tiempo habia hecho

rápidos progresos en ese arte divino que tanta influencia ejerce sobre el alma. Straus iba todas las tardes á darle lección, sin que nunca hubieran mediado entre ellos mas palabras que las necesarias para el objeto que se proponian. Sin embargo, el observador, aunque no fuera muy profundo, hubiera notado desde esta época alguna variacion en las costumbres y en la vida de Elisa. Se fastidiaba con frecuencia de los inocentes pasatiempos que antes tanto le distraian: sin saber por qué se escapaban de su pecho dolorosos suspiros; y le parecian demasiado perezosas las horas de la mañana que pasaba sumida en un lánguido aburrimiento. Al acercarse la hora de dar la lección cambiaba toda de aspecto; ágil, ligera y alegre, se vestia con esmero, adornaba sus cabellos con flores, y recorria impaciente todas las habitaciones atolondrada y distraida, pero sin olvidar de mirarse en todos los espejos. Además se notaba entre el maestro y la discipula, no ya la fria y respetuosa etiqueta de otras veces, sino una cortedad, un embarazo, que apenas le permitian dirigirse las mas frivolos cumplimientos. Estas pequeñeces que la mayor parte de las veces pasan desapercibidas, son sin embargo muy significativas para el que conoce el corazón humano. No es necesario que la boca lo diga ni que los ojos lo revelen; la accion mas pequeña vende frecuentemente los sentimientos del alma. El amor es tierno enemigo del corazón: fué encendiendo poco á poco su fuego voraz en el pecho de los dos jóvenes, sin que ellos mismos se apercibieran. Cuando esta afeccion pudo ser notada por uno de los dos, ya era demasiado tarde para no digo para atajar sus progresos, sino para perderla ahogar por mas tiempo dentro del pecho, si comunicarla á la persona que la inspiraba. Así es que Straus no pudo por mas tiempo guardar ese secreto que casi á su pesar se le escapó de entre los labios.

Era una tarde templada y hermosa de primavera; constituia el estudio de Elisa un magnífico salon cuyas grandes ventanas daban á un jardín, desde las que se disfrutaba de un bellissimo paisaje: el dia tocaba á su fin, y los ténues rayos de un sol pálido y falleciente, penetrando en aquella lujosa estancia, esparcian en ella una luz débil y misteriosa imposible de describir; el fresco ambiente de la tarde impregnado del aroma de las flores, hacia aun mas deliciosa esta mansion. Elisa vestida de blanco, con cierta languidez interesante, estaba sentada al piano: Straus recostado sobre el quicio de la ventana mas próxima la contemplaba inmóvil: jamás le habia parecido tan hermosa. Hay sitios, climas, estaciones, horas y circunstancias como dice Lamartine, tan en armonía con ciertas impresiones del corazón que la naturaleza parece que forma parte del alma y el alma de la naturaleza.

Elisa habia concluido de tocar, y contra su costumbre de retirarse inmediatamente, permanecia sentada y distraida, haciendo sonar de cuando en cuando algunos tonos: parecia que no sé que destino oculto preparaba aquel acontecimiento, que tan fatal habia de ser para ambos. El enamorado jóven, no pudiendo poner ya coto á su amor, dice

pues de algunas frases entrecortadas, aventuró al fin una respetuosa declaración.

No sabemos la contestación que daría Elisa, pero es de suponer, atendiendo al compromiso de familia que tenía contraído: si así fuese, no debería estar muy conforme con su corazón, pues pocos momentos después, mientras se retiraba Straus triste y silencioso, ella se quedaba llorando amargamente.

Dos meses después de este acontecimiento recibió Straus una escuela del conde participándole el enlace de su hija para dentro de tres días y rogándole fuese á dirigir la orquesta la noche del himeneo. Fácilmente puede concebirse la impresión que causaría en Straus esta noticia; al principio pensó negarse á concurrir, esponiendo cualquiera excusa, pero después pensando con más cordura, meditó que esta conducta podría calificarse de diferente modo: además quería ver por última vez á la que amaba y significarle todos los tormentos de su pecho: al efecto compuso un wals con objeto de dedicárselo, y en el cual mejor que pudiera hacerlo con los labios espresaba la situación de su alma. Straus, herido por el amor, en el fuego de su juventud, mojado quizás la pluma en el fuego de su herida, escribió una de sus más brillantes composiciones.

Llegó al fin la noche de prueba; multitud de gentes poblaban los salones del palacio de H... y la fiesta debía empezar muy en breve: los novios acababan de salir de la capilla: algunos momentos después entraron en el salón. Elisa, más pálida que la corona de rosas blancas que ceñía su frente, se adelantaba apoyada en el brazo de su esposo, con los ojos bajos y sin contestar siquiera á las felicitaciones que se le dirigían: más que una desposada parecía una sombra que se había escapado de la tumba.

Llegados que hubieron al salón del concierto, según la costumbre de la época, debían los novios romper el baile. Los músicos tenían preparados sus instrumentos, y Straus vestido de negro ocupaba su puesto. Para obsequiar á los recién casados se les hizo presente, en nombre del profesor, que se empezaría por el wals que había compuesto con objeto de solemnizar la fiesta y dedicaba á su discípula. Elisa palideció al escuchar esta galantería. Hizo Straus la señal y empezó la orquesta: pocos segundos después salieron valsando los novios.

Imposible es describir todo el sentimiento que revelaba esta música melancólica, llena de armonía y de ternura; cada nota espresaba un quejido del alma; cada tono un suspiro de amor. Era uno de esos aires sentimentales, en que combinados con sumo gusto y maestría los tonos naturales y sostenidos, formaban esas tristes y espresivas cadencias, que constituyen el encanto de la música, y que al par que son gratas al oído, llenan, sin saber por qué, el alma de una dulce melancolía.

Elisa, agitada durante el día por tan violentas sensaciones, colocada en una posición insostenible á su edad, y obligada á entregar su mano á un hombre á quien no amaba, había asistido á todas las ceremonias, absorta, confundida, dejándose

conducir maquinalmente, y cual si fuera víctima de algun estravio mental: bajo aquella aparente apatía bien podían haberla llevado hasta el borde de un abismo, bien podían haberle mandado arrojarle en él, que hubiera obedecido sin replicar; pero cuando vió ante sí al hombre que amaba fijando en ella su mirada melancólica, cuando escuchó aquellos ecos lastimeros que parecían revelar todo el tormento de su autor, cuando comprendió al fin lo horrible de la posición en que se hallaba, empezó á ejercer su acción la naturaleza, los órganos, un instante paralizados, empezaron á funcionar, recobró por último el sentido, pero no se encontró con fuerzas para arrostrar el porvenir. Detiénese un momento, arranca la corona nupcial de su cabeza, pronuncia algunas palabras ininteligibles, y cae espirante sobre el pavimento cual si hubiera sentido morir el corazón dentro de su pecho.

Ocho días después de este suceso, en una de las tardes apacibles del mes de Mayo, oraba un hombre enlutado al pie de un magnífico sepulcro en uno de los cementerios de Berlín: este hombre era Straus: sobre la losa fúnebre se leía «Elisa».

(Remitido.) J. DE P. BLANCO.

VARIETADES.

ESPECÍFICO CONTRA EL CÓLERA.—Lo encontrará indudablemente todo el que observe los preceptos higiénicos siguientes:

«Holgarse poco y dormir bien, dar al diantre las disputas, y cambiar berzas y frutas por las frutas de sarten. Mucha torta de Belen, siempre al paso y nunca al trote; poco aroma del *chicote*, dar al diablo á Salamanca, á Venus con una tranca y á Baco con un garrote.

Levantarse muy temprano, cruzar, cuando el alba asoma, tras una loma otra loma y un llano tras otro llano. Dar á las penas de mano, y antes que el sol lance fuego, con la calma de un gallego, volver á casa, almorzar poco y bueno, y conversar, con templanza y con sosiego.

Vestirse como Dios manda, que lo estremado es absurdo,

ni todo de paño burdo,
ni todo de fina Holanda.
Si la estacion se desmanda
y el sol sufre algun desmayo,
ancha capa y recio sayo
á todos usar conviene,
que mas larga vida tiene
el que mas se abriga en mayo.

Para evitar las saburras
suprimase el escabeche
y sobre todo la leche
de ovejas, vacas y burras.
De las personas cazurras,
medrosas y timoratas
escusar las sermonatas
que nos ponen á parir,
y buscar el buen decir
de las personas sensatas.

Conviene vivir estraños
á politicas contiendas,
que aquel que sueña prebendas
despierta entre desengaños.
Si son muchos los amaños,
si el ministerio no acierta
á cerrar al mal la puerta,
no alterarse ¡voto á tal!
para decir que obró mal
siempre habrá una boca abierta.

«¡Que triunfa Sebastopol!...»
Que triunfe: nosotros quietos.
«Que hay grandes planes secretos
en Argel y en el Mogol;
que en Londres no alumbrá el sol,
que toda la Europa rabia,
que se desquicia la Arabia...»
Húndase el Asia tambien!
El decir á todo Amen
es la máxima mas sabia.

«Que el cólera nos amaga:
que llega... que ya llegó:
que sobre el pueblo cayó
como la maza de Fraga.»
Dejad á esa chusma vaga
que grite con voz doliente:
al que vencerlo presiente
bástale su prevision,
que no es tan fiero el leon
como lo pinta la gente.

Viruelas dan á una niña
y no se aterra la madre,
ni menos se espanta el padre
porque el hijo tenga tiña.
Si la asiática morriña,
en su principio fatal,
ya al sarampion es igual...
¡Sus! ¡Alleluya, ¡allegros!
que el placer de vernos vivos
bien merece esfuerzo tal.

—
De un periódico.—LA MUJER.

—Nunca es mas fuerte la mujer que cuando

se arma de su debilidad.—*Libro de los libros.*

Una mujer hermosa agrada á los ojos; una mujer buena agrada al corazon; la primera es un dígito, la segunda es un tesoro.—*Napoleon.*

Una mujer cuando se irrita muda de sexo.—*Madame de Pussieux.*

El oro se prueba por medio del fuego, la mujer por el oro, el hombre por la mujer.—*Chillon.*

Siempre habrá cosas nuevas que decir de las mujeres mientras quede una en la tierra.—*De Boufflers.*

No te fies de una mujer distraida; es lince que te está observando.—*De la Bouisse.*

Una hermosa sin gracia es una rosa sin olor.—*Libro de los libros.*

Encárgate mas bien de guiar tú solo en medio de una furiosa borrasca un navio de alto bordo que de gobernar una mujer.—*Fletcher.*

Las mujeres hermosas suelen ser como las grandes poblaciones, fáciles de tomar, pero difíciles de conservar.—*Libro de los libros.*

Mientras dos mujeres no hayan llegado á decirse feas siempre puedes abrigar la esperanza de reconciliarlas.—*Idem.*

Podrás hallar mujeres que no hayan tenido cortejo, pero con dificultad las hallarás que solo hayan tenido uno.—*La Rochefoucauld.*

Las mujeres son y han sido siempre mas constantes en el odio que en el amor.—*Georget.*

Las mujeres son como las veletas; cuando se empujan es cuando empiezan á estar fijas.—*Voltaire.*

La mujer es un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo.—*Shakespeare.*

Una mujer insensible es aquella que aun no ha visto al hombre que ha de amar.—*La Bruyère.*

Una buena hija es un don del cielo; una buena madre es un tesoro; una buena esposa siempre fiel es un ángel.—*Cortés.*

Si un mujer vivirás; con mujer morirás para remontarte al cielo ó para hundirte en el infierno.—*Mendizábal.*

—
LAS CUATRO ESTACIONES.—Las mujeres tienen en nuestro concepto cuatro épocas en su vida que son como las cuatro estaciones del año, á saber:

La edad en que bailan, pero en que aun no se atreven á valsar. Esta es su primavera.

La edad en que bailan y en que valsan. Este es su estio.

La edad en que bailan aun, pero en que prefieren valsar. Este es su otoño.

Y por fin, la edad en que ni bailan ni valsan. Este es su invierno.

POESÍA.

Dedicada en testimonio de gratitud á los Sres.

D. J. B. Chape, y D. C. Lobé.

EL HUÉRFANO.

¡Cuán amarga es la vida del huérfano!
 ¡Cuán falaces su gozo y ventura!
 ¡Cuánto, cuánto pesar y tristura,
 Incansables le siguen do quier!
 En su mente perennes se agitan
 Mil recuerdos sombríos, terribles....
 Ya no existen los seres sensibles
 Que en día aciago le dieran el ser.

Ya pasaron fugaces las horas
 De contento y de dicha ferviente,
 Que á su lado gozara inocente
 No previendo su suerte fatal.
 Ya cesaron las tiernas caricias
 Y también los halagos sin cuento,
 Ya llegó para siempre el momento
 De insufrible y constante penar.

En el mundo no encuentra infelice
 Una mano que enjuge su llanto,
 Que mitigue amorosa el quebranto
 Consolando su triste afliccion.
 Pues si en torno su vista dirije
 Solo mira y contempla otros seres,
 Que embriagados en dulces placeres
 Quizá ignoran lo que es el dolor.

Así á un día sucede otro día
 Y trascurren bien lentos los años,
 Y entre tanto, ilusiones y engaños
 Templan solo su amargo sufrir.
 Se figura en sus sueños de oro
 Que aun respira el ambiente su padre,
 Que su tierna y solícita madre
 Le prodiga caricias sin fin.

Se figura que amante á su lado
 Le contempla con suma avidez,
 Y le imprime con dulce embriaguez
 Casto beso, impregnado de amor.
 Y embebido en tan gratas ideas
 Y soñando una dicha ilusoria,
 Ni aun conserva la vaga memoria
 De lo mucho que ayer padeció.

No se acuerda que solo en el mundo
 Esos goces le fueran vedados,
 Que esos seres, por él tan amados,
 Hace tiempo que no existen ya.
 Pero ay!... por desgracia bien pronto
 La ilusion abandona su mente,
 Y á sus ojos se muestra imponente

La terrible y fatal realidad.

De la misma manera que el tiempo
 Las costumbres del mundo reforma,
 Y en ameno pensil se transforma
 Selva umbria, que nadie habitó.
 Tal la suerte del huérfano triste
 Ha tenido también su mudanza,
 Penetrado ha ya la esperanza
 En su pobre, infeliz corazón.

Pues dos seres de grata memoria
 Condolidos de aquel desgraciado,
 Su cariño y apoyo le han dado
 Practicando una santa virtud.
 Y él en cambio de tantos favores
 Les ofrece tan solo sincero
 Su cariño y amor verdadero,
 Su profunda y cordial gratitud.

Cádiz 8 de Setiembre de 1855.

(Remitido.)

F. S. M.



QUINTILLAS.

Jóven bella, seductora,
 de beldad desconocida,
 te pareces á la aurora
 que al ruiseñor enamora
 y dá á los prados la vida.

Imitas muy bien la palma
 de tu talle en la esbeltez,
 y arrebatando la calma
 ostentas, mujer del alma,
 tus gracias con timidez.

Y esos mágicos claveles
 que tú denominas labios,
 orgullo da á los donceles,
 admiracion á los sabios,
 sentimiento á los crueles.

Modesta, á la par que bella,
 con gracia y sin esquivéz,
 semejas, linda doncella,
 del firmamento á la estrella
 que ostente mas fulgidez.

Del amor dulce trofeo
 dame ya con frenesí,
 y saciarás el deseo
 que anhelante siempre veo

de estarte adorando á ti.

¡Oh Milagros! mas dijera
de tu encanto sin segundo;
pero sin ser un Herrera
si yo cantando siguiera
de mi riyérase el mundo.

(Remitido.)

DORADE.

Biarritz, Setiembre de 1854.

SONETOS.

Escrito en la Corona poética del inmortal Azara.

El hombre y la muerte.

Audaz el genio cruza por la esfera
Y rápido se eleva hasta la altura,
Henchida de saber su imágen pura
No se para jamás en su carrera.

—Mentira, replicó la muerte austera,
Al hombre; mi segur siempre segura
Da al genio mas sublime sepultura,
Sinó el ilustre Azara aun existiera.

—¿Y dudas su existencia en tu delirio?
El hombre á la guadaña dice ufano;
Si causas, necia, al orbe cruel martirio,

Del saber al quitarle algun arcano,
No por eso se olvida su memoria,
Pues la muerte del genio es ilusoria.

La esperanza.

Es matrona robusta y sonrosada,
Que envuelta con ropage trasparente,
Escita el corazon menos ardiente
Al lucir su belleza delicada.

Aun mas que el caminante la alborada
La quiere en sus delirios nuestra mente
Y se alegra sin duda al ver su frente
Por esmeraldas verdes adornada.

Es la Esperanza un faro luminoso
Que brilla en una noche asaz sombría,
Es bálsamo benéfico y sabroso

Que consuela el dolor del desgraciado,
Es refulgente rayo de alegría,
Que mil veces la pena ha disipado.

(Remitido.)

E. DE MIRANDA Y R.

*Explicacion de la lámina de figurines, que
acompaña al presente número.*

PRIMER FIGURIN.

Vestido de tafetan flor de malva con cuatro volantes rodeados de un pequeño fleco.—Monillo con pliegues griegos con tirantes y un volante fruncido al rededor de la cintura.—Los tirantes concluyen por un lazo de cinta de tafetan y un pequeño fleco.—Mangas compuestas de tres fruncidos pequeños y un volante grande.—Cuello de punto de Venecia, estilo de Luis XIII.—Manga blanca con buche de tul y un volante de punto de Venecia.—Sombrero de paja de arroz adornado con una guirnalda entrelazada con pequeñas frutas.—Sombrialla verde con mango de madera de América.—Guantes de Suecia de medio color.—Pulseras de oro esmaltadas.

SEGUNDO FIGURIN.

Trage de gasa de Chambery con volantes tejidos con una guarnicion al rededor á lo *Pompadour*.—Monillo marquesa escotado con faldas: la solapa se pierde en la coleta.—Delante del monillo hay tres lazos de cinta.—Mangas formadas con dos volantes: sobre lo alto de las mangas hay un lazo de cinta.—Camiseta de medio escote como el monillo, de muselina clarin y embutidos bordados.—Mangas blancas de muselina bordada.—Mitones largos de malla.—Adorno de cabeza con flores silvestres y cinta de terciopelo azul.—Sombrero Pamela de paja de Italia adornado de cinta de terciopelo negro y un ramo de flores silvestres.—Manteleta *Rotonda* de tafetan color de fuego, con un volante tejido con una puntilla.

LA MODA se publica todos los Domingos. Con el primer número de cada mes, recibirán los Sres. suscritores una lámina litografiada de figurines, dibujos de crochet, ó una hoja grande de patrones, etc.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, REVISTA MÉDICA, plaza de la Constitucion, número 11.

LIBRERIA ESPAÑOLA, calle de Guanteros, número 56.

En S. Fernando: D. Juan Alvarez, Libreria Española.

En Puerto Real: D. Francisco P. Márquez.

En Medina Sidonia: D. M. Giorla.

En Algeciras: D. Rafael de Muro.

En Málaga: D. Francisco P. Moya.

En el Puerto de Sta. Maria: D. José Valderrama.

En Sanlúcar: D. José Quesada, y D. José M.^a Espinosa.

En Jerez: D. José Bueno, y D. Ramon Jordi.

En Sevilla: D. Francisco Alvarez y C.^a, D. José M.^a Geoffrin y D. Juan Antonio Fé.

En Madrid: Sra. Viuda de Sanchez, D. Leocadio Lopez, y D. C. Bailly-Bailliere.

Ayuntamiento de Madrid

Imprenta de la REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Juan B. de Gaona, plaza de la Constitucion, n.º 11

ines, que

cuatro vo-
onillo con
te frunci-
concluyen
queño lle-
os peque-
to de Ve-
ca con bu-
Venecia.-
una guir-
-Sombri-
ca.-Guan-
de oro es-

antes teji-
Pompadour.
la solapa
llo hay tres
dos volan-
un lazo de
el moni-
bordados.-
ltones lar-
ores silvè-
ero Pamela
e terciopelo
-Manteleta
un volante

Domingos
cibirán los
la de figur-
ande de pa-

N.
Constitucion
Guanteros
libreria Es-
ez.

Alderrama.
sé M.ª Esp
Jordi.
D. José M.
D. Leocadio

acion, n.º



No peut être reprodu



LA MODA
Revista Medica
 Ayuntamiento de Madrid
 Cadiz.



Ca
bian in
niones
dicho
rimos
último
vale y
blecim
tablec
ilustra
za de
que s
sas ta
reces
á la a
al niv
L
dram
celen
rio, a
de la
Pabl
falda
balle
cionc
ayud
amal
volun
reun
aque
lisim
I
cal n
tos l